

plió otro de los amigos, si no hay una alma que nos conozca, ni mucho menos que nos aprecie? «Valiente reparo, dijo el vivo; ¿hay más que comunicarnos unos con otros, puesto que nos conocemos, y escopetearnos de firme como si no nos apreciáramos? Lo que importa es el silencio y que cada uno tomemos un mote que nos distinga y nos marque en el público, porque si andamos con iniciales ó berengenas y caen en quiénes somos, no se pasan ocho días sin que nos escupan á la cara. Yo, por mi parte, me voy á llamar *El Jaque*; tú, que eres un poquito resmellado, te has de llamar *Mediodiente*; y el señor, que tiene bastantes narices, se puede firmar *El Narigudo*.» Cuadróles á todos el pensamiento, y dándose unos á otros la enhorabuena, se separaron muy contentos, yéndose cada uno á pegarla en diferente mesa, interin llegaba la deseada hora de repartir las ganancias. Con que, amigo, no eche vmd. en olvido mi encargo, siquiera por caridad hácia mí y hácia estos jóvenes desgraciados, que prometen mucho para en adelante, como lo dirá el periódico.

En caso de que esta idea no salga como pensamos, cosa que me temo mucho, es preciso que vmd. haga todo lo posible por proporcionarme alguna administración de algun rico mayorazgo, porque, segun van las cosas, no hay puerta que no se me cierre ni puesto que no esté ocupado. Yo nací en tan mala estrella, que á ninguno de mis ascendientes se le puso en la cabeza fundar ni siquiera un mediano vínculo, que sirviese para perpetuar el lustre de nuestro nombre. Esta desgracia, junta con la inclinación que de padres á hijos hemos ido heredando de no movernos á nada, nos ha puesto en el estado que vmd. ve, y del que, si no me saca pronto algun alma caritativa, vendré á parar, con toda mi chiquillería, á la puerta de algun convento. ¡Qué dichosos son aquellos que desde el vientre de su madre saben que toda su vida los han de llamar de *don*, y que desde chiquititos han de tener ya dominio sobre todos sus hermanos! Me parece que si yo hubiera tenido esta dicha, no habia de caer en el mundo; porque, diga vmd., amigo: ¿no es cosa de volverse loco, de puro gozo, al ver que, aunque ataquen las viruelas y el sarampión á media docena de hermanitos, apenas se asustan sus padres la mitad de lo que se inquietan cuando le duele la cabeza al mayorazgo? ¿No ve vmd. cómo encargan á los criados que traten con particular respeto al señorito primogénito? ¿No nota vmd. cómo se le hacen á él los mejores vestidos, aunque los demas hermanos anden con los codos rotos? Aun en medio de sus juegos, se procura, sabiamente, que tenga el primer lugar aquel que lleva la casa, como que el día ménos pensado podrá plantar en la calle á toda la familia, empezando por su madre.

Confieso que me da rabia cuando oigo á tantos ignorantes clamar como unos energúmenos contra una cosa tan buena y tan conforme con la naturaleza. ¿No estamos viendo á cada paso, hasta en los perros y gatos, que naturalmente se inclinan á engordar y acariciar alguno de sus hijos, y que

abandonan á los demas? Pues ¿por qué razón los hombres han de privarse á sí mismos de esta santa libertad? ¿Cómo quieren que se conserve el lustre de las familias si cada uno de los hijos toma la misma porción que otro, y no hay quien se lleve la primacía? Yo creo que ninguno de esos declamadores son ni siquiera segundones de alguna casa rica, porque, como ellos lo fueran, de otro modo se explicarían. Ahora, vea vmd., ¿en qué hubieran parado los nombres de nuestras antiguas héroes, si sus descendientes, ya que no eran otros tales, no hubiesen tenido, á lo ménos, unos pingües mayorazgos? Pues ¡qué! ¿no hay más que trabajar cada cual para sí mismo, sin acordarse de los que han de venir al mundo diez siglos despues? Buenos estarian esos campos si se halláran repartidos en pequeñas porcioncitas, que cada una perteneciese á un pobre pehujalero, y que cuando alguno pasa no pudiera conservar en la memoria los nombres de tanto propietario. ¡Cuánto mejor es ahora, que en montando uno á caballo camina leguas y leguas, sabiendo que todo aquello pertenece al duque de tal, ó al marqués de cual, ó á los monjes de tal orden! Como que no hay más que mirar el cultivo, y al instante se conoce la hacienda de un mayorazgo.... Muy mal harían las Cortes en meterse á dar permiso para que nadie vendiese, sino ántes, por el contrario, lo que debían mandar era, que en cada familia donde hubiese mayorazgo, todos los bienes que entráran, por cualquier vía que fuese, quedasen *ipso facto* vinculados, sin que nadie más que el primogénito pudiese reclamar una hilacha. Sobre que hasta esa costumbre de dar alimentos á los segundos ó inmediatos me parece á mí un abuso malamente introducido, que se debiera quitar á toda prisa, como que perjudica visiblemente los sagrados intereses del hermano mayor.

Le aseguro á vmd., amigo, que hay ciertas cosas á las cuales cada día las tengo más apego y afición, sin poderlo remediar; lo mismo que me sucede con los mayorazgos, lo experimento acá dentro respecto de los beneficios simples. Estoy dudoso á cuál de las dos cosas me tiraría si me diesen á escoger.... Casi, casi, más me inclino á éstos que á aquéllos, porque á lo ménos se ven libres de mujer y de chiquillos legítimos, que nadie sabe lo que le abruman á uno con su maldita legitimidad. Si se mira á buena luz, un hombre que se casa, aunque sea mayorazgo, con nada tiene bastante, porque todo se consume con tantas obligaciones; pero el hombre afortunado que llega á pescar un buen beneficio simple, diga vmd. que le entren moscas. Aquello es lo que se llama reirse del mundo entero y no tener que pensar más que en darse buena vida. En comprando su breviario y nombrando un administrador, que siempre le dé adelantada la renta del beneficio, quedan desempeñadas todas las obligaciones que le pueden ocurrir aunque viva noventa años. Tiene, además, la ventaja de que desde chiquiticos están ya todos dis-

puestos á servir este destino con tanta facilidad como un barbado, y aún en cierto modo hace más gracia ver á un angelito de siete ú ocho años, con su coronita y un vestidito negro, saberse ya ganar 40 ó 50.000 rs. miétras empieza la gramática. ¡Ay, si yo pudiera ver á mi Rupertito incorporado en esta carrera, sería capaz de comérmelo á besos! Y lo mismo me dice su madre cuando hablamos de estas cosas. Pero así ella como yo tenemos tanta desgracia, que ni siquiera hemos podido conseguir que le nombren para una capellanía de estas que se llaman colativas, y que apenas hay señor que no provea quince ó veinte. ¡Vaya por amor de Dios: unos tanto y otros tan poco! Mas no por eso pierdo la esperanza de verlo colocado, porque si la suerte ó mi mala ventura hacen que desaparezcan de España estas utilísimas carreras, siempre han de quedar algunas otras en que se pueda ganar la vida sin trabajar, que es á lo que aspiramos todos los amigos del antiguo régimen.

Adios, señor don Servando; queda suyo afectísimo de todas veras, — EL LAMENTADOR.

CARTA IX.

DE LOS LAMENTOS POLÍTICOS DEL POBRECITO HOLGAZAN, Á DON SERVANDO MAZCULLA.

Amigo del alma mía: Ahora sí que me veo negro y apurado, sin saber por dónde partir ni adónde dirigirme con mis clamores. Su ahijada de vmd., la Petronila, mi hija mayor; aquella en quien tanto yo como su madre fundábamos nuestras esperanzas; aquella en quien teníamos puestos los ojos para que fuese otra santa Teresa, segun la educación que ha recibido; la que nos tenia dada palabra de meterse monja carmelita en cuanto cumpliera los catorce años, y á la que apenas faltaban dos meses para completar nuestros deseos, ha salido ahora de repente con.... Sobre que no me atrevo á decirselo á vmd.... sobre que se me cae la cara de vergüenza despues de lo que ha pasado y los compromisos en que me ha puesto. Pero ¿qué saco con callarlo, si al fin y á la postre lo ha de saber vmd. todo, por más que lo disimule? Esta muchacha, tan recogida, tan juiciosa, tan aficionada á novenas y á sermones, de la noche á la mañana y sin saber cómo ni por dónde, se halla enamorada como una bestia, y pide boda á toda prisa. Ya me parece que le oigo decir á vmd. que el asunto no merecía tantos aspavientos, y que si quiere casarse no hay más que buscarla un buen novio, llevarla á la puerta de la iglesia y echarla las bendiciones. Pero no es ése el busilis del negocio, ni yo habia de pararme en semejante bagatela; lo que me apura en el lance es lo que voy á decirle.

Ya vmd. sabe la costumbre tan piadosa como antigua de que cuando un padre determina que alguna de sus hijas tenga vocación de monja, lo primero de que se ocupa es de buscarla la dote, porque sin ella es difícil hallar convento que la reciba, ó tiene que entrar de lega, que es como si dijéramos criada perpétua de la comunidad. Yo como buen

padre, y mi mujer como buena madre, cada uno por nuestro lado hemos ido recogiendo lo que buenamente hemos podido para esta obra meritoria. Hubo algunos que nos dieron la limosna de contado, y éstas por supuesto que nos las hemos comido alegremente, sin esperar á que acabase de madurar la vocación. Otros, algo más mirados, sólo prestaron su firma para que acudiésemos á cobrar la suscripción á su debido tiempo, mas faltaba lo más neto, que eran las muchas prebendas que ya teníamos apalabradas, y que no sólo hubieran cubierto la tal dote, sino sobrado muy mucho para otras varias cosillas que nos hacen suma falta. Dejo aparte en todo esto la suerte de la muchacha, que, pudiendo llegar á ser una señora hecha y derecha, con su *reverencia* al canto, tener su casa pagada y su comida segura, sabe Dios dentro de poco si tendríamos que petardear para ella y para el tunante de su marido. Una monja, vamos claros, si se llega acostumbrar á no salir del convento, á obedecer ciegamente á la prelada, á no acordarse del mundo ni de sus falaces atractivos, á renunciar á las modas y á los chismes, á no pensar nunca en hombres, ni á dar importancia á nada sino á la superiora y al confesor, lo pasa como una reina, y se encuentra de patitas en el cielo el día ménos pensado. Por eso conviene mucho que entren allí chiquititas y ántes de que se las pase la afición á golosinas, porque si se las dejara ponerse un poco talludas, preferirían acaso un rato de chicoleo á cuantos dulces se fabrican en todas las confiterías del mundo. Lo que á mí me parte el alma es que, siendo esto tan claro, todavía hay quien se queje de que á estas pobres muchachas les falta el conocimiento necesario para saber el empeño que se van á echar á cuestras. Al oírlos no parece sino que sólo debían estar poblados los conventos de viejas y desdentadas, hartas de andar por el mundo, y acaso desengañadas de los chascos que él ofrece. Pero ellos no consideran, en primer lugar, que no habria oídos que aguantáran un coro de religiosas si, además de su gangueo, les añadimos la falta de dientes y el desentono propio de aquella edad, y en segundo, la importancia de aprender á leer latin, que forma casi la esencia de la monjil sabiduría. Buena andaria la cosa si en lugar de tanta jóven sólo se admitieran jamonas y romancistas. ¡Dios nos libre!

Antes de ayer tuve el gusto de dar un estrecho abrazo á mi primito Antofuelo, el hijo de mi tío don Blas, que viene de la universidad de Alcalá, donde ha tomado las borlas en sagrada teología. Le aseguro á vmd. que no nos cansamos de oírle, y que cada día me arrepiento más de no haber seguido esta carrera, que, á mi entender, encierra dentro de sí todos los conocimientos humanos. La teología es una cosa que, sin saber cómo ni cuándo, se da á conocer por sí misma y traspasa sensiblemente en todas las conversaciones. Aunque se junten docientos hombres en una concurrencia, como, verbi gracia, en un salón de Cortes, se han de conocer á la legua los que hayan estudiado teología y los que

sólo se hayan dedicado á estudios meramente profanos. Se nota cierta finura en sus discursos, cierta claridad en sus ideas y cierto apego á la demostración, que por más que lo disimulen no es posible dejar de distinguirlos. ¿Qué vale la medicina con todas sus auxiliares? ¿De qué puede servir la física, las matemáticas, la ideología ni la filosofía moral, si con ellas no se mezcla un poco de teología? ¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que el mundo entero era gobernado por teólogos! ¿Cuándo se hablaría de Newton, ni se le mentaría para nada, si no hubiese comentado el *Apocalipsis*? ¿Qué desatinos no dijo Galileo acerca del movimiento de la tierra, sólo por no haber consultado el punto con los teólogos romanos! Engañóse como un chino, y se engañarán del mismo modo toditos los que presumen dar un paso hácia adelante sin el auxilio de tales hombres.

Suelen ciertos majaderos dedicarse únicamente á las cosas de acá abajo, quedando muy satisfechos con ganar cuatro mendrugos y vestir decentemente, como si esto valiera dos cominos. El teólogo, nada de eso, no repara en tales cosas, vive con lo de allá arriba, y no se alimenta más que de silogismos y autoridades. No hay espíritu foletto que no le haya dado cuenta circunstanciada de sus facultades y obligaciones, y se guardaría muy bien el mismo diablo de hacer ninguna travesura sin tener el visto bueno de teólogos omniscios. ¡Viva nuestra insigne España, que es la única que ha sabido perpetuar é identificar estos sublimes conocimientos con todas nuestras ideas! Otros pueblos de la Europa fueron también teologazos, pero luego se perdieron por haberse separado de un estudio tan sabroso. Nosotros, por el contrario, cada día le tenemos más afición y le conservamos en mayor estima, porque á él solo le debemos nuestra prosperidad y grandeza. Teólogos nacimos, teólogos somos y teólogos hemos de morir, aunque les pese á las brujas, porque nuestras leyes, nuestros usos y hasta nuestros entretenimientos son y deben ser teológicos.

Mas en nadie, sobre todo, pega mejor ese estudio que en los ministros de Estado, como que por ellos solos ha de correr exclusivamente el negociado de Roma, y cuando cualquiera de ellos publica alguna obrita teológica, salto y brinco de contento á pesar de que yo no entienda una palabra. Veo entonces que el Ministro deja su opinion sentada, y para cualquier apuro no hay más que recurrir á él, porque desempeñará el ministerio con tanto acierto como una cátedra de prima. ¡Qué descansada se queda la conciencia de un ministro cuando somete un asunto al dictámen de una junta de teólogos! Teólogos debieran ser también los embajadores; con eso sabrían hasta qué punto pueden rozarse con los herejes, y no dejarían de convertir á cuantos se pusiesen por delante. Teólogos convendría que fuesen todos los diputados de Córtes, ya que se empeñan en que las haya, para que no perdieran el tiempo en cuestiones terrenas y mundanas, sino que se dedicasen á aclarar algunos puntos dudosos de mo-

ral. Entónces sí que se quedarían las galerías con la boca abierta y hasta sería yo capaz de asistir á ellas, aunque diese que decir á nuestra gente.

Pero, volviendo á mi primo, lo cierto es que ya le tenemos en disposición de que pueda ser útil á la familia; porque, demos de barato que él no tenga vocación de ser canónigo magistral de alguna iglesia, en lo cual obraría como prudente; por lo ménos ya se sabe que en ménos que canta un pollo ahorca los hábitos largos y se hace médico famoso. Todos los de honra y provecho que han hecho ruido en España hasta estos últimos tiempos empezaron la carrera haciendo sus cursos en la teología, y hacían en eso muy bien, porque hechos se los hallaban. ¿Quién puso jamás reparo en permutar los años teológicos por los años médicos? ¿Ni cómo puede llamarse perdido ese tiempo, cuando lo regular es que, luego que un médico de chapa se acerca á la cabecera de un enfermo le dirija la palabra en latin, y espete cinco ó seis textos de la Escritura, sin olvidar el *honora medicum*? ¡Oh, y cómo se les distingue y conoce á estos sabios la tinturita teológica que tomaron en las escuelas, y cómo les hace lucir en las consultas! Yo, por mi parte, confieso que no me dejaría tomar el pulso por hombre que no supiese de memoria, á lo ménos, las cuestiones sobre la predestinación, porque es mucho consuelo para un enfermo que se halla con almorranas ó con dolor de barriga, saber que aquellos dolores estaban ya concebidos en la mente del Eterno ántes que hubiese en el mundo ni barrigas ni almorranas.

Dícenme que están furiosos los sastres y zapateros y otros varios artesanos con la especie que ha corrido de que van á cesar ya las ordenanzas gremiales. A fe que si fuera cierto tienen sobrado motivo, no sólo para incomodarse, sino para tirar por la ventana todas las herramientas y utensilios de su oficio. Pues estaríamos frescos si se viniesen ahora cuatro mozuelos sin pelo de barba á plantar su tarjetón y buscarse parroquianos sin más que por haber aprendido el oficio, sabe Dios cómo y en dónde. Lo primero es la conciencia, y no debe permitirse que nadie se meta á maestro sin que conste del exámen y haya pagado patente y todas las zarandajas de costumbre. Figúrese vmd., amigo, que viniese un forastero, y que conforme se habia de dirigir á un maestro examinado, se dirigiera á esos intrusos, que sólo por acreditarse dan las obras más baratas, ¿sobre quién recaería este perjuicio del público? ¿Sobre quién habia de recaer, sino sobre los maestros titulares y legítimos, que son los únicos que sufrieron el exámen, como que tuvieron dinero con que costearle, y el que no pueda juntar lo que se le pida, que tenga paciencia y trabaje de oficial, que lugar tiene para casarse y abrir tienda? Dispensen, enhorabuena, de este exámen á los médicos y boticarios y á las comadres de parir, y allá se las haya quien los necesite; pero permitir que un esterero, un ebanista, un cerrajero y otros muchos presenten y vendan sus obras sin que sepamos de oficio que sa-

ben ejecutarlas, es cosa que quita el juicio y que sólo puede tolerarse donde haya Constitución.

Sé también de buena tinta que andan por ahí vocinglando una porción de señores que vuelven de los presidios y de otros diversos sitios adonde fueron justamente condenados durante los seis años precedentes. Pero lo que más me irrita es, que, según oigo á muchos, no se quejan ellos de lo que han sufrido en sus personas, bienes y familias, ni de las privaciones de empleos y utilidades que sufrieron *ipso facto*. De nada de eso se acuerdan ni lo mientan para nada; pero lo que no perdonan ni dejan de sacar siempre á colación es, que cuando los juzgaron fué sólo por comisiones, y nunca por tribunales. Esto me parece á mí que es una gran tontería, y que no hay motivo alguno para que se den oídos á semejantes pretextos. Vea vmd. qué más dará que se encargue la condenación de un hombre á un tribunal establecido por las leyes que á una comisión creada especialmente *ad hoc*. ¿No es la comisión un verdadero tribunal desde el momento que se nombra? Pues ¿qué más da ser juzgado por aquellos que por ésta? Los tribunales comunes tienen mil majaderías, que son capaces de hacer perder la paciencia al mismo Job, pues no parece sino que se les paga el sueldo á los jueces para que mimen á los delincuentes, dándoles todos los medios posibles de defensa. Los culpados, ya se sabe, buscan todas las callejuelas que pueden, encuentran testigos, presentan documentos, explican ó desmienten los cargos, y siempre acaban con decir *tío, yo no he sido*. De aquí resulta que cuando uno está esperando con ansia ver salir una retahíla de gente para la horca, se encuentra con que el tribunal los ha absuelto de culpa y pena, ó cuando más, se ha contentado con imponerles una multa ó una suave reprehensión.

No sucede así, por cierto, cuando se echa mano de las comisiones. Éstas se nombran con pulso, se oscogen los sujetos que han de componerlas, se les llama ántes aparte, se les dice lo que se quiere, se les insinúa el premio que deben esperar de su docilidad, ó lo que deben temer si no hacen lo que se les manda, se les indica la suerte á que está destinado el reo, que sin duda debe serlo, puesto que ha tenido la osadía de desagradar. Luego que está todo corriente, se pone la orden por escrito y se dice de este modo: *Importando al real servicio que se administre justicia con toda imparcialidad, y siendo tan necesario que se haga un público escarmiento de tales y tales atentados, se ha creído conveniente nombrar una comisión, compuesta de tales sujetos, que siempre son de notoria integridad, para que exclusivamente entiendan en el negocio, procediendo de contado á apoderarse de las personas, que suelen estar ya presas uno ó dos meses ántes, y ocupando sus papeles, dinero, alhajas, etc., se proceda á su castigo para que sirva de ejemplo*. Reunidos los señores, se coge al reo entre puertas, y, confiese ó no confiese, lllore, chille ó se defienda, si ha de ir al palo, va al palo, y si conviene que vaya á un presidio, se aprovecha la primera cadena, y arree vmd. con él.

Así es como á mí me gusta, y así es como han sido juzgados esos caballeros y otros, sin que pueda discurrirse en qué han podido fundar tan extravagante queja. Tampoco extrañaría yo que se vinieran mosqueando con si se les juzgó en público ó en secreto; ¡vaya, que cosas como las que uno va oyendo no le ocurrirían al mismo Barrabas! Pues ¿qué querían? ¿que se pusiesen carteles para que todo el mundo viniera á escuchar qué tal lo hacia el relator, el fiscal y el abogado? Con qué los jueces lo escuchen, ¿no basta, y sobra la mitad, para que se crea justa y piadosa la sentencia? Yo tengo tan decidida inclinación al secreto, que me parece como que no pega eso de que las causas criminales se hayan de discutir públicamente. Por ejemplo: los testigos ¿no le parece á vmd. que se explicarán con más desahogo, metiditos en el despacho del juez, donde dirán francamente lo poco ó mucho que sepan ó no sepan, con tal que el escribano les eche alguna puntada, que no en presencia del reo y á la faz de todo el mundo? ¿Hay razón para que se le permita al que va á ser juzgado que ande replicando ó desmintiendo á cada paso á unos hombres tan de juicio como son los deponentes? Eso es querer desatinos, y hacer que se libren muchos que serían infaliblemente condenados si todo se hiciera callandito como hasta aquí. Es además vergonzoso que cojan por embustero á un testigo delante de tanta gente, y según veo, no habrá nadie que se atreva á serlo sino el que esté muy seguro de lo que va á deponer. Norabuena que lo luzcan el fiscal y el abogado en algunas ocasiones; pero eso de que todo yente y viniente se ha de enterar de la causa, me parece un disparate, y no me con vengo en ello.

Le aseguro á vmd., amigo, que me cuesta tanta repugnancia el tragar algunas cosas, que apenas se pasa día sin que me vea precisado á sufrir y callar las amarguras que me cercan, y si no fuera por el consuelo que tengo al comunicarlas con vmd., hace ya muchos días que hubiera reventado de pesadumbre. ¿Ha visto vmd. la manía y el empeño que han tomado por hacer que se ejecute lo mandado antiguamente acerca de cementerios? ¿Qué mira podrán llevarse en tener tal pertinacia, cuando está visto y revisto que esa medida no agrada ni á los vivos ni á los muertos? De los curas no me admiro que hayan tenido la debilidad de obedecer, y aún de facilitar la ejecución de las órdenes comunicadas para el caso, porque en efecto hay entre ellos más liberales de lo que generalmente se cree; pero lo que me pasma es, que hasta los mismos frailes se vayan dejando arrebatar un derecho que, á mi entender, no les era del todo inútil. Entiérrese enhorabuena, aunque sea en medio de un monte, esa gente pobretona, que no deja una peseta, porque aún cuando estaban vivos apesataban de una legua; pero al que deja dinero y ha pagado la mortaja, es una impiedad horrible que no le dejen podrirse en donde le dé la gana, y tan lejos estoy yo de creer que esto perjudique á la salud pública, que ántes bien me persuado á que tales

podredumbres engordan á mucha gente. ¿No es verdad?

Tambien me hace mucha gracia que dentro de un mismo reino se hablen diez ó doce lenguas, haya diferentes pesos y varien las medidas. Para mí forma todo esto tan agradable armonía, que sentiria en el alma que se tomase sobre ello la menor disposicion contraria. Es tanto lo que me gusta la diversidad en todo, que quisiera que cada provincia se manejara de un modo absolutamente distinto de la inmediata: usos, leyes y costumbres, gobierno, trajes, monedas, educacion y lenguaje, todo debe distinguirse y variarse hasta lo sumo. ¡Cuánto goza un forastero al llegar á una posada viendo que nadie le entiende si no se explica por señas! Pide una vara de cinta, y le dan algunas veces media cuarta más ó ménos; trata de pagar su importe y viene á costarle un doble, ó bien le sale de balde; quiere un cuartillo de vino, y en unas partes le alcanza apénas para remojar los labios y en otras le sobra para perder la chaveta. Si ajusta trigo, garbanzos, tomates ó berengenas, al cabo de un par de meses ya podrá haberse enterado de la cantidad que equivale á la que él se propone comprar. Todo esto, nadie puede negar que por lo ménos es muy entretenido y proporciona una ocupacion bastante agradable. Mas ya verá vmd. qué pronto arman una jerigonza los señores diputados y nos obligan á medirnos á todos por un rasero; pero trabajo les mando si lo toman con empeño, porque, apuradamente, es cosa que por más que la prediquen no se han de salir con ella aunque se pasen veinte generaciones, y seriamos los únicos en Europa que se hubiesen dejado vencer con semejantes sofismas.

¡Qué poco nos engañábamos vmd. y yo en el eminente concepto que teniamos formado de las ilustres personas que mandaban hace tiempo! Enamorado me tiene el modo con que se explican con los ministros actuales. Hombres que hubieran ahorcado á su padre y á su madre con sólo haberles oído la más ligera palabra que oliese á constitucion, se hallan en el día poseidos de tal afecto hácia ella, que apénas aciertan á expresar la amargura con que veian dilatarse la época de su observancia. Mil veces diz que estuvieron por hacer un disparate, pero supieron vencerse por la esperanza que tenian de que al fin y al cabo no podian ménos de mandar los que ahora mandan, como que se caía de su peso y ellos lo propusieron mil veces delante de tal persona, que murió el año pasado, la cual pudiera decir el arrojo y la firmeza con que estuvieron batallando por que el Rey se decidiese á firmar lo que ellos le proponian. Dan parte de la violencia con que refrendaron aquellos decretos, que tanto les repugnaban, pero no habia remedio; otros, mal intencionados, habian tenido la culpa, y ya se ve, no se puede todo lo que se quiere, porque tambien si uno se manifestaba demasiado, estaba expuesto á no poder continuar haciendo bien. Pero, por lo que hace á ellos, es bien notorio que no podian prescindir de los principios liberales que abrigaban en su corazon,

aunque, por desgracia, no pudiesen manifestarlos como querian. Yo siento á la par del alma que esto aquí se tome á broma, y que anden haciendo burla de unas cartas que en mi concepto debian ponerse en letras de oro y fijarlas por las esquinas, para que sirviesen de norma en eso de palinodias, y confieso por mi parte que, aunque creia á sus autores capaces de desempeñar toda especie de papeles, jamas me figuré que llegaría su destreza hasta un grado tan heroico. Aprendan de nuestra gente á saber arrepentirse esos tontos majaderos, que por no firmar una carta á tiempo son capaces de aclimatarse aunque sea en un calabozo, sin considerar que es una falta de crianza no escribir la enhorabuena á todos los que reciben la honra de ser nombrados ministros.

Procure vmd. no incidir en esa falta, pues todo lo que se pierde es un pliego de papel, y así como de la calumnia siempre dicen que se pega alguna cosilla, tambien se saca algun fruto de estas oportunísimas enhorabuenas. Abur. De vmd. siempre afectísimo. — EL LAMENTADOR.

CARTA X.

DE DON SERVANDO MAZCULLA AL POBRECITO HOLGAZAN.

Albricias, hermano;
Que ya Barbateca
Llegó de la Meca
Con felicidad.

Albricias, señor Lamentador, albricias, y no hay que amohinarse ni tener miedo de nada; el susto ha sido terrible, pero gracias á Dios que no ha pasado á mayores. Confieso que llegué á creerme que todo iba con mil santos, pero ya respiro á gusto y quiero que vmd. se ensanche y duerma á pierna tendida. ¡Qué bien dijo aquel que dijo que nunca es tan fiero el leon como le pintan, y que los males son mucho mayores cuando se imaginan que cuando se sufren! Noches me he pasado enteras cavilando en el partido que podria yo tomar en lo sucesivo, porque al mirar el aspecto que presentaban las cosas, temí que sin duda alguna era absolutamente preciso variar de brújula y trabajar á destajo para ganar cuatro reales; pero ya miro con risa lo que me causaba espanto. Vmd., mi querido amigo, volverá á su antiguo empleo, y quemaré yo mis libros si esto no se verifica ántes de lo que pensábamos. No creí que trabajasen tan bien en nuestro sentido, pero al fin Dios se lo pague, que aunque su intencion no sea la de hacernos bien ninguno, parece que están de acuerdo con todas nuestras ideas, y como que se arrepienten de haber preconizado las suyas.

Siempre estuve persuadido á que todos esos patriotismos no eran más que una purísima conversacion, y que esto, y lo de antaño, y lo de luego vendría á reducirse á juego de compadres y nada más. Por eso me daba lástima ver á vmd. tan afligido como si ya le faltara cielo y tierra, y no sé de qué le ha servido vivir tantos años en la córte, que todavía no conoce lo que ven hasta los niños. Desde que

vi los desmoches que se hacian á diestro y á siniestro, y que llamaban reformas el quitar á Pedro para poner á Juan; desde que vi arrebatar las prebendas, los empleos, las comisiones lucrosas, y que todo esto se hacia al són de viva la patria, dije para mi colete, como el mono será vmd. mi tia, esto es jugar á puto el postre, y querernos comulgar con ruedas de molino. Por lo que hace á las prebendas y dignidades eclesiásticas, áun pudiera haber disculpa, porque al fin todos conocen la urgente necesidad de que se provean cuanto ántes, como que están esas catedrales desiertas y escasean los ministros para el culto, que es una lástima ver que en una primera clase apénas pueden reunirse ochenta capas de coro. Además urge muy mucho quitar de encima el escrúpulo de que esas divinas rentas pasen á manos profanas, y bastantes ha durado el escándalo de que se esté regodeando el erario público con lo que no es ni puede ser de la nacion.

Bien conoce vmd. mi genio, y que sé tener espera para exponer mi dictámen en materias de gobierno; y como nada me importa que la nacion esté sin ejército, sin marina, sin crédito, sin comercio, sin recursos y sin nada de lo que puede inspirar confianza y seguridad, no me habia apresurado á decir á vmd. palabra sobre tales fruslerías. Porque, si bien lo miramos, un ejército se forma en el día que uno quiere, y áun ahora es del todo inútil, porque ¿quién quiere vmd. que venga á hacernos la guerra, ni por dónde hemos de recelar que nadie tenga interes en mezclarse en nuestras cosas? Las licencias ya se dieron, y en caso de alguna urgencia, lo primero que se encuentre servirá de reemplazo: es verdad que la marina está una miajilla escasa, pero con que haya una leva, y que se encarguen á Rusia treinta ó cuarenta navíos, estamos del otro lado y veremos quién nos entra.

Mas, ya que nadie nos oye, y hablando con confianza, quiero yo que vmd. me diga á qué pega tal reserva y tan grande disimulo. Rompa vmd. de una vez ese frenillo de la vergüenza, que le tiene acuinado, y declárese con un amigo que conoce y disculpa la irresistible inclinacion de vmd. y la de tanta gente honrada. Vamos claros, señor Lamentador: vmd. nació dotado de todas las calidades necesarias para pretendiente, y veo que por un resto de falso pundonor se está dejando perder las ocasiones más lindas. ¿A qué viene esa tenacidad y ese empeño de resistir á los llamamientos del hambre, cuando ésta diariamente le impone la obligacion de presentar memoriales? ¿Posible es que vmd. se arredre, y que se esté un mes entero con esos brazos cruzados sin atreverse siquiera á buscar algun conducto para los nuevos ministros? ¿Qué idea se ha formado vmd. del nuevo régimen de cosas, para insistir, como insiste, en una inaccion cobarde, y lo que es peor, exponiéndose á que se rian de vmd. hasta las gentes sensatas? Desengáñese vmd., amigo, que el que no llora no mama, y por más que oiga decir que á fulano y á mengano han venido á proponerle tal colocacion y empleo, y que

él está muy dudoso sobre si debe admitirlo, no crea vmd. una palabra, porque ese tal caballero es un pretendiente en forma, y lleva hechos más memoriales desde que se juró la Constitucion, que letras contienen el Código y el Digesto. Salga vmd. por esas calles, y si encuentra diez personas, no dude que por lo ménos las ocho son pretendientes.

Mas no entienda vmd. por eso que es un oficio tan fácil, porque hay hombre que en diez años apénas ha principiado á aprender los rudimentos. El pretender es un arte, es una ciencia perfecta, en la cual se quedan muchos sin pasar de adocenados; pero tambien hay algunos que pueden poner escuela, y áun mantener conclusiones como el mejor profesor de antesala. Lo primero, es necesario no cambiar los tratamientos en progresion descendente, sino que en caso de duda al que tenga *señoría* se le envoca una *excelencia*, que no hay miedo que reclame la falta de cortesía. La fórmula, ya se sabe, *el más profundo respeto y veneracion debida, y la ilustracion notoria con las heroicas prendas, y aquello de humilde esclavo y gratitud eterna*, son cosas que, no hay remedio, es preciso no olvidarlas, porque en eso se repara mucho, y aunque en el día se murmuren ciertas expresioncillas que dicen que no convienen con la dignidad de ciudadano, sin embargo, crea vmd. que no disgustan, y que, como suele decirse, en un pretendiente todo pasa. Los méritos que se expongan siempre han de ser *relevantes*, y por lo ménos seis veces ha de retumbar la *patria* y los *servicios*, y *el celo*, y *los peligros de la vida*, y por remate de fiesta, no debe omitirse nunca la *última gota de sangre*, porque fuera vergonzoso no acomodarse al estilo en cosas que probablemente nadie se meterá en averiguar.

Si buenamente se puede, conviene echar su puntada sobre la jóven esposa y los tiernos ciudadanitos, á quienes no hay medio alguno de dar una educacion correspondiente á las patrióticas miras de su padre. Pero le encargo á vmd. mucho que no vaya, si es posible, á confiar sus lamentos á todo yente y viniente, porque á nadie le interesa el que vmd. logre ó no logre, y áun podria ser expuesto que algun otro pretendiente de aquellos que están en todo saliese con el registro de ofrecer á vmd. su proteccion, y no sería el primero que fingiendo que protege cargase con el destino, y le dejara á vmd. á buenas noches. Si hablara con un novato, me detendria á insinuarle la táctica acostumbrada con porteros y lacayos, pero vmd. es ya corrido, y sería vergonzoso ponerme á darle lecciones; lo que únicamente quiero es animarle á que imite la bizarria y descoco con que tanta gente buena se abre camino á la gloria y se surte de pesetas. No hay que pararse en pelillos sobre si está ó no vacante el destino que acomode, porque en formando una lista de gente perversa y mala, se incluye en ella al compadre, y diga vmd. que se limpie del polvo que le va encima. Se dice que sus ideas no son las que ahora convienen, que fué hechura de fulano, que la cabra tira al monte, y así con cuatro calumnias y un par